



GENERAL PORFIRIO DIAZ.

LIBRO II.

PRIMEROS ACTOS.

CAPITULO I.

Su política en general.

El cambio de ministerio ha sido considerado en los tiempos modernos como una garantía contra las revoluciones, como un acatamiento á la voluntad de los pueblos cuando esta se halla expresada por una gran mayoría, como un medio de que sean menos acaloradas las interminables discusiones de los partidos.

Hay en general la tendencia de creer que existe una gran conformidad en los actos de una persona que sirve de secretario en cualquier ramo, con la voluntad de aquella á quien sirve, por que la intimidación continua, viene á hacer unísonos los caracteres de uno y otro, viene á acostumarlos á ver las cosas de la misma manera, y á juzgar las situaciones de igual modo. Hay, pues, entre ambos una solidaridad de juicio, de voluntad y de acción. Por esta causa el secretario despacha muchas veces los negocios sin consultar á su principal; sabe cual es su vo-

luntad, no teme incurrir en su desagrado, y aun muchas veces puede abusar, cuando el abuso pasa desapercibido. Todo lo que hemos referido tiene lugar principalmente cuando el secretario es un ministro.

Ahora bien, como todo ministerio representa un interés político, el jefe de la nación que le elige, se adhiere á aquel interés, se hace responsable ante el público de la situación creada por aquel ministerio, y por el solo hecho de elegir ciertas personas, recibe los aplausos ó las murmuraciones públicas á que los elegidos son acreedores.

Esta es la causa de los cambios de ministerio tan ruidosos en todas partes. Cuando el jefe del Estado no puede sostener una situación dada cuando un partido mas poderoso que el ministerialista, trata de destruir aquella situación, el jefe del Estado cambia de ministerio, acatando así la voluntad de la mayoría, y evitando que los descontentos hagan uso de las armas. El cambio de ministerio viene á ser en una nación, una revolución tan pacífica como necesaria.

Nos ha sido preciso entrar en estas consideraciones, para juzgar el acto tenaz, que podemos llamar *testarudo*, del actual Presidente, de conservar, hasta hoy, el ministerio de Juárez; de conservar hasta hoy una situación contra la cual la opinión del país permanece pronunciada. Durante el interinato, aunque disgustaba y causaba inquietud la falta de un cambio en el ministerio, la opinión permanecía en suspenso, y los amigos del Presidente decían con frecuencia: "Esperad un poco, un cambio de ministerio es una cosa grave, y un profundo político como Lerdo, no debe irse de bruces; esperad y vereis una salida astuta, que os dejará abismados. Dejad que el interinato pase." A esto se agrega que en aquellos momentos habia la

preocupación de que los juaristas aun estaban ligados, y que podrian formar una revolución en favor de su partido, preocupación nimia, porque nada podria hacer un partido que no contaba con un jefe, que era desechado por la opinión, y que se hallaba desconcertado en aquel momento.

El interinato terminó. La nación concibió grandes esperanzas. Se creyó que un ministerio compuesto de los dos partidos que habian tomado las armas iba á reemplazar al antiguo. La política de Lerdo habia sido revolucionaria. Aparentemente tranquilo en esta capital, tenia en uno de los diarios mas acreditados de México un órgano oficial; habia en algunos puntos del país, fuerzas pronunciadas que proclamaban su candidatura; los lerdistas y porfiristas andaban mezclados contra Juárez, en los campos de batalla, y mas de algun comisionado de Lerdo hizo esfuerzos inauditos para lograr un arreglo definitivo entre los partidos contendientes; esfuerzos que se suspendieron, entre otras causas, por la pérdida de la acción de la Bufa.

Por otra parte, la cuestión debatida no tenia por objeto solo separar á Juárez de la Presidencia, porque hubiese disgustado á la nación; reconocia un principio político; se trataba no de deponer, sino de arrojar de su puesto al que se consideraba como un usurpador, por haber violado el sufragio público, y el mismo nombre dado á aquella revolución lo indica. El *sufragio libre*, proclamaban los porfiristas; el *sufragio libre* gritaban los lerdistas.

Cuando falleció Juárez, segun los principios proclamados por la revolución, Lerdo no debió entrar al poder pues no era lógico que quien habia usurpado la primera magistratura de la nación tuviese un sucesor. Esto equi-

valdria á reconocer la misma persona moral, ó á validar un acto contra el cual antes se habia protestado; pero en política, como en todo, hay sucesos que hacen cambiar el curso ordinario de las cosas. El partido lerdista no podia quejarse de la infraccion de un principio que llenaba completamente sus deseos, que elevaba al poder á su candidato, y el partido porfirista, muerto Juarez, creyó con justicia que el orden de cosas iba á cambiar, pues se ponía al frente de la situacion una persona enemistada políticamente con Juarez; una persona cuyo partido habia luchado con las armas, y prefirió someterse, olvidando el principio proclamado de que la eleccion de Juarez era ilegal, á continuar una guerra sangrienta, y esto á pesar de la amnistía y á pesar de la pérdida de sus cargos, empleos, grados, sueldos, pensiones, montepíos y créditos contra el erario. Preciso es confesar que hubo una grande abnegacion de parte de los insurrectos, pues no merece otro dictado tal accion en hombres que en otras épocas, derrotados algunas veces por la reaccion y otras por la intervencion, casi en una situacion desesperada, mantenian con la constancia de Juarez, la chispa de libertad y de independencia; nó, seria desconocer nuestro carácter el darle otro nombre á tal accion; seria una ingratitud y una injuria el llamarle desaliento ó cobardía.

El someterse al nuevo presidente, tenia una alta significacion: indicaba nada menos que lo que no habia podido hacerse tratándose de las discusiones parlamentarias; que lo que no habia podido verificarse en los campos de batalla, se verificaba por un hecho inesperado: queremos hablar de la union entre los dos partidos. Se habia celebrado ya un contrato tácito entre el porfirista y el lerdista, ambos ligados antes por intereses homogéneos, ambos luchan-

do por el mismo principio, y que si no se habian reunido por no ceder en sus candidaturas, se reunian sin este obstáculo, pues los porfiristas estaban dispuestos á votar en favor del presidente Lerdo, como en efecto lo hicieron.

Ambas fracciones reunidas, formaban una inmensa mayoría; se puede decir que ambas representaban los verdaderos intereses de la nacion. El partido porfirista activo y entusiasta; el lerdista prudente y circunspecto, hubieran formado esa mezcla tan necesaria en los individuos como en las naciones; es decir, el reunir el valor al cálculo; la intrepidez á la calma de excogitar los medios para llevar á cabo una empresa. Se habian dado ambos partidos una especie de abrazo fraternal, sin anterior convenio, sin ningun anterior pacto acerca de sus intereses. Así lo comprendia al menos la prensa periódica porfirista, la que en los primeros meses se mantuvo en expectativa; mas sin atacar al nuevo gobierno.

En esta situacion, tan bonancible para cualquiera gobernante, se necesitaba buena voluntad, mas bien que diplomacia ó talento administrativo; no se requería sino dar cabida en la administracion á los hombres mas eminentes porfiristas y lerdistas, para fundir en uno solo ambos partidos; no se necesitaba en realidad mas que formar un ministerio compuesto de unos y otros. Así se esperó, pero en vano, por espacio de mucho tiempo; Lerdo no daba paso de ninguna especie, y en Enero de 1873, un mes despues que habia tomado posesion de la presidencia, la prensa oficial, unánime y por muchos dias, daba cuenta de las convivialidades á que asistia el Presidente en Veracruz, y en el tránsito de esta ciudad á aquella, con motivo de la inauguracion del ferrocarril; mas se ocupaba tanto de tal asunto, que ya el público leia los telégramas solo para excitar

la hilaridad, y cuando tal intencion no tenia, los pasaba sin leerlos, con disgusto. Entretanto los porfiristas y lerdistas, desesperados de aquel olvido de las cosas públicas, que de tanta importancia eran, se revelaba contra unos, acontecimientos que hacían que el presidente comiese y no hiciese nada; brindase y se olvidase de la situacion, juzgándole semejante á aquel, que mientras de que el mundo se desquiciaba, no hacia otra cosa que llorar en el umbral de la casa de la cortesana Tais, perdiendo así su tiempo miserablemente.

Los partidos se exasperaban, y sobre todo el lerdista. Sus prohombres se resolvieron á desenmascarar la situacion, y para ello se valieron de ese medio tan comun en la actualidad; y de que es tan pródiga la presente administracion. Resolvieron tener una *convivialidad* en el tívoli de San Cosme.

Allí, ¡oh sorpresa! se le regaló al Presidente Lerdo un reloj que segun se refiere costó la enorme suma de *trescientos pesos*, los que se reunieron á escote entre los partidarios de D. Sebastian, que eran numerosos. Como se vé, este no era un regalo inglés ni americano. Al regalo precedió un discurso, en el que con la finura mexicana, se le prodigaron los mas afectuosos piropos, las mas dulces palabras, la mas firme adhesion, el mas acendrado cariño, la mas exquisita ternura. Una muchacha de provincia hubiera creído que se le enamoraba. El Presidente contestó con la mas delicada sonrisa que se haya visto hasta nuestros dias, y lástima es que un fotógrafo no hubiera estado allí en aquel momento con una cámara instantánea. Fué un olvido imperdonable de Porraz. Despues de la sonrisa siguieron algunas frases cortas, pero espresivas, como corresponde decirlas á un consumado diplomático. La pos.

teridad lamentará siempre que no hubiese habido allí un taquígrafo.

Hecho el regalo, uno de los partidarios mas intrépidos y mas adictos á Lerdo, le indicó que era preciso que hubiese un cambio de ministerio, por exigirlo así la nueva situacion; pero la respuesta no se hizo tardar. Lerdo contestó que debia la elevacion al poder, no á sus partidarios, si no á la ley, y de consiguiente que no tenia compromisos de ninguna especie con alma nacida. Sus partidarios vieron con el trascurso del tiempo, que tal cosa se confirmaba y quedaron, se puede decir, sin cielo ni gloria, como las almas del Limbo. Hoy disimulan cierto despecho porque no pueden hacer otra cosa; los juaristas que siempre han visto con desagrado una política tan tortuosa como la de Lerdo, se le han separado en gran parte, y los porfiristas, viendo que la situacion no ha cambiado, continúan separados en la propaganda de su partido.

Así es, que cuando todos esperaban un cambio que la nacion exigia, el Presidente Lerdo burló todas las creencias, todas las esperanzas; Juarez vive aún en su ministerio; la causa de la revolucion del libre sufragio existe en pié, y parece que no ha hecho mas que aplazarse.